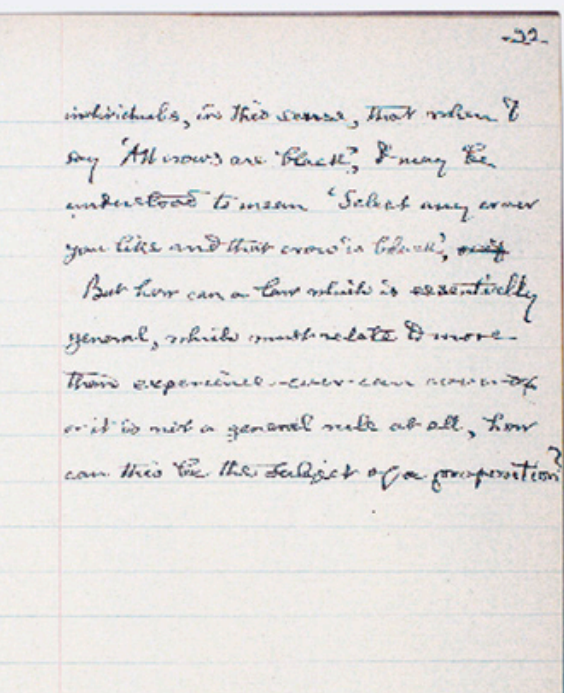


EL AMOR EVOLUTIVO

Y otros ensayos sobre ciencia y religión

Charles S. Peirce



marbot ediciones
|| Clásicos

CHARLES S. PEIRCE, *El amor evolutivo, y otros ensayos sobre ciencia y religión*, edición y traducción de Sara Barrena, Marbot ediciones, Barcelona 2010, 200 pp. ISBN 978-84-92728-09-1.

CHARLES Sanders Peirce es un pensador difícil de catalogar por su complejidad, su fascinación y su carácter poco convencional. ¿Científico, filósofo, matemático, lógico...? La tendencia habitual a compartimentar el saber y a adscribir a una persona en un ámbito concreto pueden explicar la habitual perplejidad ante esta figura. Pero si superamos la división del saber podremos ver a un pensador original animado por la convicción de que es posible conocer la naturaleza porque existe una armonía que puede ir siendo descubierta y compartida y de la que el propio ser humano forma parte.

Pensador estadounidense nacido en 1839, hijo de un prestigioso matemático y astrónomo de la época, tuvo una buena formación científica que no le encerró en este ámbito. Suele asociarse el nombre de Peirce a campos en los que realizó aportaciones muy importantes. Si leemos el artículo que le dedica la Enciclopedia Británica en su edición académica *on line* vemos que destaca sus trabajos científicos, especialmente sus estudios para medir la gravedad o sus aportaciones a la metrología; también aparecen sus estudios sobre la lógica y la semiótica. En el campo de la filosofía destaca la introducción del pragmatismo como método para clarificar conceptos, sus aportaciones al método científico o su “nueva lista de categorías”. Sin duda en todos estos campos es más conocido. No lo es

tanto en su dimensión religiosa. Es por ello muy pertinente la publicación de este libro en que se ponen a disposición de los lectores de lengua castellana once textos que nos permiten acercarnos a alguna de las cuestiones religiosas que abordó en la última etapa de su vida. Todos los escritos seleccionados son posteriores al año 1892. “Ese periodo de los últimos años de la vida de Peirce puede considerarse por tanto como uno de los más fértiles y como el más definitivo a la hora de dar a conocer su sistema. En esa etapa final Peirce alcanza su madurez intelectual, desarrolla completamente su teoría de los signos, trata de dar una formulación definitiva del pragmatismo y produce muchas de sus teorías metafísicas. Uno de los puntos que aparece también con fuerza durante esa última etapa es el de las cuestiones religiosas” (p. 17).

Corresponden los textos, pues, al último periodo de su vida. Un tiempo en que Peirce, desligado de la Academia (en 1884 fue despedido de la *Johns Hopkins University*) y sin su empleo en el *U.S. Coast and Geodetic Survey* (1891), pierde sus ingresos regulares y se retira a vivir en su casa de Milford con su segunda esposa. “Es la época más larga y más productiva filosóficamente, aunque fueron años marcados por la pobreza y por las enfermedades” (p. 13). Para poder vivir impartió algunas series de conferencias y tuvo que aceptar toda clase de trabajos pagados, llegando a tener que crear sus amigos, impulsados por William James, un fondo con el que ayudar a los Peirce en la recta final de su vida.

De los textos seleccionados hay dos más extensos: *Amor evolutivo* (1893) y *Un argumento olvidado en favor de la realidad de Dios* (1908); el resto son mucho más breves y algunos poco conocidos. Están ordenados todos cronológicamente.

El primer texto recoge una breve *Carta al Reverendo John W. Brown*, fechada el 24 de abril de 1892, en la que Peirce relata al párroco de la iglesia de St. Thomas en Nueva York la experiencia religiosa que ha tenido ese día y a la que algunos estudiosos, como Joseph Brent, otorgan una gran importancia, marcando un giro hacia lo religioso en la última etapa de su vida.

Podríamos decir que Peirce fue un hombre de algún modo religioso; no es extraño encontrar en sus textos referencias explícitas o implícitas a los evangelios, una actitud en la que la religiosidad de su padre tuvo una gran influencia, así como la que ejerció su primera esposa. “Fue considerado en ocasiones como poco ortodoxo y a menudo mostró un notable desprecio hacia las teologías y metafísicas enseñadas en los seminarios de Nueva Inglaterra, y hacia las formas a veces rutinarias de las religiones organizadas. Sin embargo, tal como se muestra en los textos seleccionados en este volumen, existen pruebas de su estrecha cercanía a Dios y a la religión” (p. 18).

Hay que entender bien su visión de la religión. Lejos de ser un conjunto de dogmas o de formas frías y estrechas, la religión es cuestión de experiencia, es algo vivo, es el amor quien la anima.

El escrito *Dmesis* es una consecuencia de su concepción de la religión como elemento vital, no como mera colección de dogmas, como acumulación de conocimiento. Así se plantea cómo la fe cristiana debería influir en la política y, como ejemplo, se cuestiona el derecho del Estado a castigar a los criminales proponiendo un modo de tratarlos basado en el Amor, entendido como principio evolutivo y creativo del universo. A ese principio, motor de la evolución, dedica el largo artículo que da título al libro, *el amor evolutivo*, y en el amor centra la Vía de la Vida que enseñó Cristo y que constituye el centro de la fe cristiana.

La religión parte de la sensibilidad religiosa, de la experiencia religiosa, pero como muchas veces el hombre se ocupa poco de ella esto hace que parezca débil. Así lo expresa en *¿Qué es la fe cristiana?*: “La oración, por otra parte, no ocupa sino un poco de nuestro tiempo [...]. Como consecuencia, las ideas religiosas nunca llegan a formar la trama y la urdimbre de nuestra constitución mental, como hacen las ideas sociales. Se duda fácilmente de ellas, y están abiertas a varias razones para la duda, razones que pueden abarcarse todas bajo una sola, a saber, que el fenómeno religioso es esporádico, no constante” (pp. 102-103). Pero que la religión parta de la experiencia no significa que sea subjetiva, ya que “aunque la religión comienza en una inspiración seminal del individuo, solo llega a florecer completamente en una gran iglesia coextensiva con una civilización [...]. Sin una iglesia, la religión del amor no puede tener más que una existencia rudimentaria, y una iglesia estrecha, pequeña, excluyente, es casi peor que ninguna. Se necesita una gran iglesia católica” (p. 105).

Este modo de entender la religión como algo vivo le otorga una gran afinidad con la ciencia. Tal como la entiende Peirce, la ciencia no es un cuerpo organizado de conocimiento, sino una investigación, “una actividad que ha de estar guiada por el verdadero deseo de aprender” y movida por la búsqueda de la verdad. Precisamente entender la ciencia y la religión como una actividad basada en la experiencia, movida por el deseo de verdad y comunicada y vivida con la comunidad, permite y exige un entendimiento mutuo.

Es precisamente la armonía del hombre con el cosmos la que le permite ir profundizando en el conocimiento de la naturaleza ya que su razón está en sintonía con esa naturaleza, esto posibilita que sus abducciones —los surgimientos espontáneos de conjeturas que explican un hecho que nos sorprende— suelen ser correctas. Esto sucede también en el campo de la experiencia religiosa. Por ello, existe “la seguridad de que la verdad no puede dividirse en dos doctrinas enfrentadas, y que cualquier cambio que el conocimiento pueda obrar en su fe sólo podrá afectar a su expresión,



pero no al profundo misterio expresado” (p. 98). Buena prueba de esa actitud es su *Argumento olvidado en favor de la realidad de Dios* en que aplica ese método científico a la cuestión de la realidad de Dios.

“La religión, en el sentido propio del término, solo puede surgir de la sensibilidad religiosa, pero es una religión tan verdadera para sí misma que llega a estar animada por el espíritu científico, segura de que todas las conquistas de la ciencia serán sus propios triunfos y aceptando todos los resultados de la ciencia, tal y como los científicos mismos los aceptan, como pasos hacia la verdad, que durante un tiempo puede parecer que está en conflicto con otras verdades, pero que en esos casos meramente espera ajustes que con toda seguridad el tiempo llevará a cabo” (p. 99).

Esta forma de plantear la ciencia y la religión permite a Peirce superar el enfrentamiento que surge desde el positivismo. Lejos de oponerse, están ambas llamadas a entenderse, eso sí, superando cada una una tentación, la ciencia la tentación del mecanicismo y la religión la de la infalibilidad, ya que ambas actitudes ahogan la mutua apertura.

La edición y traducción de estos textos corren a cargo de Sara Barrena, experta conocedora de Peirce. Acompaña la edición con una buena introducción en que nos hace una rápida semblanza de este “hombre impulsivo, muchas veces contradictorio, de personalidad extremadamente sensible y temperamento fuerte” (p. 10), mostrando su peculiaridad y originalidad en algunos de los múltiples temas de que se ocupó para seguir con una buena síntesis de los temas tratados en los textos y que nos ayuda mucho en la lectura.

No es fácil leer y menos traducir a Peirce, pero Barrena logra verter en castellano estos textos de un modo elegante y preciso. Algunos de ellos ya habían sido traducidos y publicados con anterioridad por ella misma, pero para esta ocasión se ha revisado la traducción anterior introduciendo algunos matices que mejoran, si cabe, la versión anterior.

Tomemos como ejemplo *Un Argumento olvidado en favor de la realidad de Dios*. El texto publicado en *The Essential Peirce. Selected Philosophical Writings*, vol. 2, N. Houser et al. (eds.), Indiana University Press, Bloomington 1998, 434, comienza así: “The word “God,” so “capitalised” (as we Americans say), is *the* definable proper name, signifying *Ens necessarium*: in my belief Really creator of all three Universes of Experience. Some words shall herein be capitalised when used, not as vernacular, but as terms defined”. Una primera traducción del *Argumento* fue publicada en *Cuadernos de Anuario filosófico*, nº 34, Pamplona 1996 y comenzaba de este modo: “La palabra “Dios”, así “con mayúsculas” (“capitalizada” como decimos los americanos) es *el* nombre propio característico para significar al *Ens Necessarium*; según mi creencia, al Realmente creador de los tres Universos de Experiencia. Algunas palabras se usarán aquí con mayúsculas, no como en la lengua vernácula, sino como términos definidos”. Ahora nos encontramos con lo siguiente: “La palabra “Dios”, así, “con mayúscula” (como decimos los americanos), es *el* nombre propio definible que significa al *Ens Necessarium*; según mi creencia, al Realmente creador de los tres Universos de Experiencia. Algunas palabras se usarán aquí con mayúscula para indicar que no son empleadas en su sentido usual sino como términos definidos” (p. 148).

El trabajo de Barrena se enmarca en la preciosa labor que está realizando el *Grupo de Estudios Peirceanos* (GEP) de la Universidad de Navarra, dirigido por el Dr. Jaime Nubiola, que desde el año 1994 tiene como objetivo promover el estudio de la obra de Peirce, especialmente en España y en los países de lengua castellana. Indicamos la dirección de la página web donde se puede encontrar, entre otras cosas, una completa bibliografía sobre este





autor y prácticamente todas las traducciones de C. S. Peirce al español, apartado del que se ocupa la Dra. Barrena junto con la coordinación del Grupo (<http://www.unav.es/gep/>).

J. Santiago Pons Doménech